

PRIMOR HOGAREÑO

Por José María Salaverría

SE habla de los pueblos incendiados, de los puentes derruidos, de las fábricas desplomadas. Todo eso hay que reconstruirlo con un plan de mayor progreso, para orgullo de la España mejor, que todos ambicionamos. ¿Pero termina ahí la cuenta de las cosas destrozadas que hay que reconstruir? Los hogares han sido también rotos y dispersos, en una patética catástrofe que afecta a lo más íntimo de la familia y la personalidad. Y esta tarea corresponde, principalmente, por no decir casi exclusivamente, a la mujer.

Por los tenderuchos judaicos del extranjero andan revueltas las joyas familiares que la rapiña de los rojos hizo emigrar. Y junto a las joyas, doblemente preciosas por su valor de herencia y de reverente recuerdo, se amontonarán los muebles, las vajillas, los retratos, las colecciones artísticas particulares. Es el alma del hogar que se ha dispersado. Las cosas materiales adquieren en este momento una vida espiritual hecha de memorias, de alegrías y dolores compartidos en común, y al desaparecer los tácitos testigos de la historia familiar, verdaderamente es como si la familia hubiese quedado en un estado transitorio y ambulante. He ahí la enorme y gloriosa tarea que se les asigna a las mujeres españolas: devolver el alma a los hogares que, también ellos, han sido asesinados.

Pero la ocasión invita a algo más. ¿No sería éste el momento oportuno para pensar en la reforma y mejora de los hogares españoles? No hablamos aquí de la organización de la familia, limitémonos al problema de la casa. En términos generales, ¿es perfecta la casa española? ¿Ha sabido aprovechar bastan-

te los adelantos y el ornato modernos? ¿Es cómoda, confortable, bella y alegre en la mayoría de las ocasiones?...

Dos tipos de casa hogareña se presentan principalmente a nuestra imaginación. Una es de corte antiguo, con un lujo que era actual en el reinado de Isabel II. Desde entonces no ha cambiado, y si ha tenido alguna variación, es para empeorar. La sala de respeto luce su memorable sillería, que sólo puede ser usada en las solemnidades. Espesos cortinones e inflexibles persianas interceptan el paso de la luz, que es considerada como una enemiga. El sol, es peligroso. Contra el frío de las heladas, hay el brasero, o la chimenea que, arde de manera arbitraria y expide un tímido calor. Fría, penumbrosa, severa, la casa de este estilo tiene la propiedad de expulsar a sus habitantes; el marido, en cuanto puede, se marcha al club o al café; las mujeres se van a las tiendas o de correteo; los chicos se escapan con mil disculpas. Solo permanece la señora anciana, el caballero reumático, forzosos y resignados guardadores de la tradición.



He aquí otro modelo de casa. El matrimonio joven presume de modernizante y compra muebles de esos que los *snoobs* dicen que son los más distinguidos y cómodos, y que en realidad son los más feos e inaprovechables. Sillones cúbicos, mesas de cristal, sillas de alambre, paredes esquemáticas. Las habitaciones tienen el aire de clínica de hospital o de gabinete de poeta expresionista. Expelen frialdad e impersonalismo. E invitan

